

EL doctor Juan Rof Carballo desarrolla en su último libro «El hombre como encuentro» (Alfaguara, Madrid 1973) sus teorías acerca de la urdimbre. Se trata de un libro muy interesante. Como Rof sabe tanto y, además, siempre es tan ameno, y como está al día respecto a las novedades científicas extranjeras, sus obras son siempre muy valiosas y uno aprende mucho al acercarse a ellas.

Es sobradamente conocido, pero lo repetiré por si alguno de mis lectores no está informado, que Juan Rof Carballo es por la sangre medio catalán y medio gallego. Ha sido su padre aquel famoso veterinario don Juan Rof Codina, que tanto hizo por la ganadería gallega y que falleció recientemente casi centenario y rodeado de la admiración regional. La madre de Juan era una señorita de Lugo, de la familia Carballo, también muy ligada a la veterinaria, y en Lugo nació nuestro clínico, que fue un estudiante modelo, más tarde pensionado en Berlín, en donde se familiarizó con la cultura y la lengua germana, y en Viena, donde conoció a Sigmundo Freud y a la encantadora Olga, con la que se casó.

Rof Carballo comenzó, según creo, a hablar de la urdimbre en una de sus primeras obras escrita en idioma gallego, «Mito e realidade da terra naix», en donde ya esbozaba unos principios, hoy más elaborados, señalando que si nuestra civilización ha de salvarse es preciso que se verifique un retorno al «arquétipo femenino»; la salvación sería recuperar aquellas fuerzas que vienen de lo que en nosotros hay de divino y que, como lo demuestra la historia de la Igelsia, solo se manifiestan a través de la mujer.

Ya en uno de sus últimos libros, «Biología y Psicoanálisis», Rof Carballo anunciaba que el organismo, para constituirse, para que se verifique el proceso de la ontogenia (se llama ontogenia al desarrollo del ser individual) precisa la relación con el ser congénere en las primeras etapas de la vida extruterina.

El hombre, al revés que muchos animales, nace enteramente desvalido y, tanto como del juego azaroso de los cromosomas (el acervo hereditario), va a depender del no menos azaroso juego de la «esfera del amor», de la ternura que recibe o de la presión a que se le somete.

Está en realidad claro que nacemos dos veces y las dos en virtud del amor, es decir —precisa

LA ENERGIA DIATROFICA

Rof Carballo— en virtud de algo que debe llamarse erotismo.

—oOo—

Gran parte de esta excelente obra del doctor Rof Carballo está dedicada al erotismo y, aunque ahora está más bien de moda atacarlo, constituye una defensa del mismo.

Al erotismo nos debemos en parte. Se trata de la fuerza creadora de la familia, la que determina nuestra presencia en la tierra. Rof parece reprochar a los padres del psicoanálisis el no haber establecido la necesaria diferenciación entre la energía libidinosa y la diatrófica.

La primera ya todos sabemos lo que es; la segunda ha sido preconizada por Spitz para designar la acción tutelar sin la cual el niño que desde un punto de vista biológico nace prematuramente, no podría terminar su desarrollo. Mediante la influencia diatrófica el hombre incorpora a su ser la «herencia social».

La energía diatrófica se manifiesta elocuentemente todo a lo largo del proceso que Rof Carballo ha denominado «urdimbre», y a través del cual parece aludir tanto a las figuras maternas y tutelares como a las influencias que acunan al infante y que son decisivas para la maduración del sistema nervioso central así como para el acabado de ciertos sistemas biológicos importantes, enzimas, sustancias inmunizantes y también, naturalmente, para el desarrollo de la persona.

Ahora bien, este segundo nacimiento sitúa al hombre ante especiales circunstancias de gran peligro, le expone a factores promotores o inhibidores del desarrollo capaces de «fijar» el carácter y la personalidad en formas rígidas o neuróticas. La propia influencia maternal puede determinar un retraso en la evolución afectiva dejando al individuo «fijado» en el amor primero, bien en forma de «enmadramiento» o bien en la hostilidad subconsciente.

A través de los sucesivos «encuentros» surge el encuentro con la verdad escondida de nuestro ser. Pero todo encuentro supone una preparación a veces imperceptible. Sutilmente, durante años, este encuentro que ahora

nos sorprende que creemos debido al azar ha venido preparándose. Y la ausencia de preparación presupone una ausencia de conocimiento, así cuantas veces al releer un libro nos damos cuenta de que en la primera lectura habíamos perdido lo más sustancial y es que todavía no habíamos pasado por las experiencias necesarias para comprenderlo.

El encuentro amoroso es, en su raíz, el encuentro de las dos sexualidades, la procreadora (la libido genital) y la diatrófica, en su cima el encuentro amoroso —sigue razonando el doctor Rof Carballo— toca a lo más inefable en la esfera del sentido.

Componente básico del erotismo normal es la articulación equilibrada entre una sexualidad madura, procreadora, y una sensualidad diatrófica y tutelar. Es precisamente la ausencia de la energía diatrófica en el encuentro amoroso uno de los problemas que hoy más preocupan a los psicoanalistas. Loch, por ejemplo, ha hablado de la necesidad de restablecer los tabúes sexuales fundándose en que la unión corporal realizada sin relación diatrófica, es decir sin ternura, convierte a ambos partícipes y sobre todo a la mujer en «objetos» y tiene sobre el alma humana un efecto traumatizante.

—oOo—

Aún no se sabe lo que de verdad les pasa a los hombres —aunque la creciente violencia social puede ser un índice indicativo— pero sí sabemos, debido a los experimentos realizados por los Harlow lo que les pasa a los monos «Rhesus» cuando se les priva de la energía diatrófica.

Estos monos fueron criados no con madres naturales, sino con otras de alambre provistas de biberones simulando mamas. Se vio luego que los monitos ya mayores carecían de impulso sexual y eran incapaces de procreación. Al haberlos privado de la sexualidad diatrófica se revelaban incompetentes para la procreatriz. Las hembras artificialmente tuteladas se espantaban ante un macho vigoroso en celo. Fue preciso someter a estos monos a un psicoterapia de grupo.

(En verdad aunque el proceso en sí es bastante trágico, lo de someter a los monos a una psicoterapia de grupo no deja de tener alguna gracia).

La importancia de la urdimbre se reveló, también en forma muy expresiva, a través de los experimentos llevados a cabo por los señores J. P. Henry, Meehan y Stephen, quienes por medio de estímulos psicológicos han revelado que pueden producir artificialmente hipertensión en los ratones, y no sólo hipertensión, sino también arteriosclerosis y nefritis intersticial. Para ello sometieron a los ratones a un proceso semejante al sufrido por los habitantes de una gran ciudad cuando viven en casas pequeñas, han de viajar en hacinados vehículos y han de estar continuamente en tensión debido a las presiones del medio ambiente. Mezclando diferentes ratones en reducidas jaulas, exponiéndoles a temores y angustias, unidos machos y hembras en situaciones conflictivas, pronto comenzaron a sufrir de las dolencias antes expuestas, si bien los investigadores averiguaron que los ratones que habían tenido una buena experiencia previa, los que habían sido tutelados por la necesaria energía diatrófica, estaban en mejores condiciones para resistir la tensión ambiental.

—oOo—

¿Será uno de los grandes males de nuestra sociedad el hecho

de que el erotismo vaya por una vertiente y la energía diatrófica por la opuesta?

A Juan Rof Carballo le preocupa mucho, y desde que lo he visto en su libro también me está preocupando a mí, el hecho de que la expresión soez y brutal que en España sirve al hombre para expresar enfado o fastidio sea el mismo verbo utilizado para designar la relación erótica. Es inevitable pensar que esto tiene una relación oculta. Para Rof Carballo se trata de una aproximación inconsciente entre el acto erótico y la función excrementicia, puesto que también en el lenguaje chabacano se utiliza el verbo defecar para señalar el

desprecio y el deseo de destrucción del otro. Sin duda es significativo que en el lenguaje hispánico, en el alma colectiva, se haya ido realizando esta asociación secreta entre lo anal y lo sexual como signos expresivos de violencia, lo que hace del sexo algo «sucio» y también arma destructora e insultante para el prójimo.

He estado pensando si en otras lenguas europeas ocurre lo mismo, pero me temo que, siendo mi conocimiento de los «diccionarios secretos» tan deficiente, no podría hablar con la necesaria autoridad. Sin embargo, creo que ni en inglés ni en alemán se le otorga al señalado verbo la misma finalidad agresiva y destructiva. En francés y en ruso no sé lo que pasa. De cualquier forma, como para nosotros lo más inquietante es lo nuestro, el propio lenguaje nos prueba como el erotismo privado de la necesaria tutela diatrófica degenera inevitablemente hacia la violencia.

YO NO, DON JULIO

Por RAMON F. Y FERNANDEZ-MOSQUERA

EL «celtibero» se eriza con lo esdrújulo. El tumulto en las Cortes republicanas produjo la palabra «genizaros» constituye un índice de rica sistancia psicológica. El «temporal» no lo explotó el vocable en sí, la noción semántica, sino esa tilde aviesamente colocada en la antepúltima sílaba. Que es la misma que produce la alergia a los píos devotos de Gabriel y Galán cuando se topan con los «magnéticos éxtasis líricos» que el poeta salmantino le cuega a don Diego de Silva y Velázquez... Quizá el único esdrújulo tolerable sea «celtibero». Y eso, por el eco que levanta en la sangre y en los nervios hispánicos y por la carga humorística que aplaca y aseda la tensión de una agresividad en punta. No extraña, pues, que el clima de la primavera recién llegada se alterase con la intrusión del término «termocéfalo» que don Julio Rodríguez dedicó a sus indiscriminados coterráneos. A mi mismo, me produjo un fuerte sarpuillido en la sensibilidad y tuve que dominarme mucho para no recriminar acremente al autor:

—¡Caramba, don Julio! Parece mentira. ¡Usted, el jefe de la educación nacional...!

En principio, no me fijé en que don Julio, catedrático al fin, había desnudado ya el montaje técnico de la imputación. Que no aboca a lo que pudiera suponer el lector susceptible. La equiparación de «termocéfalo» y acalorado quita mucho hierro a las cosas... Bien, señor ex-ministro. Mi suspicacia estremeceada se calma un tanto. Pero no lo suficiente para que, serena y reflexivamente, proclame mi disconformidad con la atribución. Yo, que rido don Julio, soy español, pero no «termocéfalo». Frente a los hechos o los sucesos —permítaseme jugar con la dicotomía unamuniana— ponga una objetividad absoluta. Soy un simple testigo que refiere la realidad exterior con sus matices más coloridos. Asépticamente. Y si se desliza el más mínimo asomo de exégesis marginal, ello sólo sirve para escribir el acento de mi personalidad por encima de la reproducción fotográfica.

Sentada esta postura fundamental, algo me bulle aún por el pensamiento. En un «tête-à-tête» con don Julio le demostraría que él es mucho más español y mas termocéfalo que yo. ¿Me admitiría don Julio un pulsito? Cuando tenga los nudillos en la mesa —sin rotura física, se lo aseguro— le mostraré que su reforma —efímera reforma del calendario escolar está en la línea del celtiberismo puro: del miedo a tomar el toro por los cuernos. Mejor dicho, será el propio don Julio quien lo ponga en nítido relieve. Ya lo puso, en puridad. Porque la confesión que no tuvo otra finalidad práctica que la de «aplarzar» la entrada en las aulas de los aspirantes agolpados en sus puertas, lo está evidenciando. Subrayé «aplarzar» para distinguirlo perfectamente de «impedir». Ahora bien ¿en los tres meses de aplazamientos se crearían nuevas universidades, se cubrirían plazas de catedráticos, se abrirían «levas» de adjuntos, se ampliarían locales...? No. Eso sería resolver el problema, no traspasarlo íntegramente al mes de enero. Como travasar los suspensiones del verano a las navidades no se cifraría en privar a la Universidad de la estampa del estudiante suspenso que «cascoteó» Luis de Tapia:

Quizá no llegó el bendito del programa manuscrito a saber la lección tres, pero aprendió con Chelito los más recientes cuplés.

La termocefalia está en su identificación con el descubridor de América. Sólo con los vapores del verano andaluz en la cabeza se podría establecer el paralelo que don Julio insinúa entre el descubrimiento de América y el del calendario «juliano».

Y en serio. ¿No resultaría mejor que don Julio dejase sus declaraciones, por lo menos mientras en las universidades se medita en la forma de ajustar un curso de tres trimestres a uno de dos?

Me parece, don Julio, que ese «pulsito» no le iba a favorecer mucho.

